

MARÍA, MUJER DEL PUEBLO

MOTIVACIÓN. (Se lee despacio, con música de fondo)

El Señor eligió a María entre el pueblo. Hoy diríamos, en los barrios populares. En las barriadas donde los tugurios de los pobres permanecen de pie, porque se apoyan entre sí.

Pienso en las zonas donde zumban los mosquitos en los charcos, o en algunas calles donde flota al viento la ropa lavada y se escuchan los mismos rumores y silencios.



- Allí descubrió el Señor a María. En los cruces de callejas con olor al cocido de las ollas y el griterío de los vendedores de verdura. Entre las muchachas que hablaban de amor, entre los geranios de los descansillos. En el patio donde los vecinos comentaban al anochecer los dimes y diretes del día entre los últimos bostezos y antes de que se agotara el aceite de la lámpara o chirriaran los cerrojos de las puertas.
- Allí la descubrió. No en las avenidas de la capital, sino en una aldea de pastores desconocida en el Antiguo Testamento y hasta objeto del sarcasmo de los habitantes de los pueblos circundantes: «¿Puede salir algo bueno de Nazaret?».
- Allí la descubrió, entre la gente corriente, y la hizo suya.

María era una mujer del pueblo. Había asumido su cultura y su lenguaje, los estribillos de sus canciones y el secreto de su llanto, su forma de callar y los estigmas de la pobreza.

Antes de ser madre, María era hija del pueblo. Pertenece a lo más íntimo del alma del pueblo, a los «anawim», al grupo de los pobres, al resto de Israel que había sobrevivido al desastre de las tragedias nacionales; es decir, a aquel núcleo residual que mantenía firmes las esperanzas de los profetas, en las que se concentraban las promesas a los patriarcas y por donde pasaba el hilo rojo de la fidelidad: «Yo dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, que esperará, en nombre del Señor, el resto de Israel». Así había profetizado Sofonías.

La Mujer del pueblo, María, se mezcla con los peregrinos que suben al templo y los acompaña en su salmodia. Y si en uno de estos viajes pierde a Jesús cuando tenía doce años, es porque, «creyendo que iba en la caravana», no sabía imaginarse a su hijo extraño, a los anhelos de la gente corriente.

Mons. Tonino Bello, obispo de Molfetta

ESCUCHAMOS Y ORAMOS CON LA CANCIÓN: *Madre mía* (Cecilia Rivero Borrell).

https://youtu.be/OlCXyrPEfu8?si=SmZfb0eCY_Zz3aBx

Nuestro Dios irrumpió en nuestra historia y se hizo hermano de todos, consolando el dolor de su pueblo, levantando del polvo al humilde.

Se encarnó como buena noticia por tu fiel respuesta María.

Osadía que abrió los caminos a Dios habitando en su pueblo.

**Mujer sencilla y creyente, de gozo profundo María,
Mujer de tareas cotidianas, de sal, levadura, de agua y espigas.
Madre de todos los tiempos, presencia y fiel compañía
Tu pueblo que va en camino te reconoce y te necesita.**

Tu amor solidario es un canto a Dios reinando en el mundo
Con tu Hijo que se hizo el camino, la verdad, la palabra y la vida.
Hoy venimos humildes María a pedirte tu sabiduría
Queremos ser fieles al Hijo por sendas de amor y justicia.

CON CONFIANZA NOS DIRIGIMOS A MARÍA

1. Santa María, mujer del pueblo, gracias por haber convivido con la gente antes y después del anuncio del ángel y por no haber pretendido de Gabriel una mirada de querubines que hiciera guardia de honor a la entrada de tu casa. Gracias porque, aun siendo consciente de ser la madre de Dios, no te retiraste a los aposentos de tu aristocracia espiritual, sino que quisiste saborear hasta el fondo las experiencias pobres y agotadoras de todas las mujeres de Nazaret. ***Avemaría.***
2. Gracias porque en verano te unías al coro de las espigadoras en los campos quemados por el sol; porque en las tardes de invierno, cuando el trueno rugía en los montes de Galilea y a ti te daba miedo, te refugiabas en las casas de las vecinas; porque el sábado, para alabar al Señor, participabas con tus amigas en las funciones comunitarias de la sinagoga. ***Avemaría.***
3. María, mujer de la acción, haz que nuestras manos y nuestros pies se muevan “sin demora” hacia los otros, para llevar la caridad y el amor de tu Hijo Jesús, para llevar al mundo, como tú, la luz del Evangelio. ***Avemaría.***
4. A lo largo del Evangelio te descubrimos, María, como una mujer fuerte, sensible al dolor, a las carencias, a las necesidades de los hombres. Que también nosotras estemos atentas y dispuestas a atender a cuantos nos necesiten. ***Avemaría.***
5. Tú, «orgullo de nuestro pueblo», quédate a nuestro lado en esta difícil empresa. Santa María, mujer del pueblo, enséñanos a compartir con la gente los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias, que caracterizan el camino de los hombres de nuestro tiempo. ***Avemaría.***

ORACIÓN FINAL

María, mujer de la escucha, abre nuestros oídos; haz que sepamos escuchar la Palabra de tu Hijo Jesús entre las mil palabras de este mundo; haz que sepamos escuchar la realidad en la que vivimos, cada persona que encontramos, especialmente aquella que es pobre, necesitada, en dificultad. Amén.